Municipalidad de Lima

Crónicas destapadas

Crónicas en torno a nuestra ciudad



3 | Colección Lima Lee

Construyendo

Lima es el centro de inspiración para muchos autores, y cada día se escriben más páginas donde nuestra ciudad es el escenario perfecto para descubrir junto a sus personajes, las historias que en el tiempo han construido nuestra identidad. Es por ello que en esta edición se reúne a nuestros poetas, escritores y literatos contemporáneos más destacados.

Me complace presentar esta colección de libros en el marco del 25 aniversario del reconocimiento de la UNESCO al Centro Histórico de Lima como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

El Programa Lima Lee del "Plan Municipal de Promoción del Libro y la Lectura 2016-2021" de la Municipalidad de Lima, tiene la satisfacción de entregar de manera gratuita estas publicaciones a los vecinos con la finalidad de fomentar la lectura y la valoración de nuestro patrimonio cultural.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima



Crónicas destapadas

Crónicas en torno a nuestra ciudad

¡LimaLee!

Crónicas destapadas
Municipalidad de Lima

© Eloy Jáuregui
© Jaime Bedoya
© Gabriela Wiener
© Juan Manuel Chávez

Francisco Gavidia Arrascue
Gerente de Educación y Deportes

José Carlos Juárez Espejo
Subgerente de Educación

Alex Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Selección y edición: Miguel Dante Ildefonso Huanca
Ilustración de portada e interiores: Daniel Maguiña Contreras

Diagramación: María Fernanda Pérez Díaz
Cuidado de edición: José Miguel Juarez Zevallos

Editado por:
Municipalidad de Lima
Jirón de La Unión 300 - Lima
www.munlima.gob.pe

Publicación de distribuición gratuita
Prohibida su comercialización

Primera edición, octubre 2016
Tiraje 10,000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2016-14890

Impreso por Editorial Roel S.A.C.
Pasaje Miguel Valcárcel Nro. 361 Urbanización San Francisco - Ate, Perú

Presentación

El Perú tiene a escritores que con sensibilidad e inteligencia han sabido construir la crónica de su tiempo. Desde el Inca Garcilaso de la Vega, luego con Abelardo Gamarra "El Tunante", hasta en épocas más recientes con Antonio Cisneros y los cronistas de la revista Etiqueta Negra, la pluma de nuestros escritores ha sabido plasmar la compleja y asimétrica realidad peruana, siempre con los recursos de la seducción picante e irónica en sus historias para atraer al lector, para despertar en él la curiosidad de ver bien su entorno.

La mirada de los cronistas contemporáneos que aquí se reúnen da cuenta de qué está hecha nuestra ciudad. Somos una Lima en que conviven los diversos pasados nacionales (resumidos en frases impactantes como "Lima la horrible", o nostálgicas: "la Lima que se va"); una mixtura de sueños, luchas y alegrías que busca la manera de conciliar la diversidad que somos para un hoy y un mañana más armónicos.

Agradecemos a los autores que colaboran en esta colección y ayudan a promover la lectura de nuestros vecinos. Sin su apoyo no hubiera sido posible que este proyecto sea una realidad.

Eloy Jáuregui
(Lima, 1954)

Estudió Lingüística en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Periodismo en la Universidad Jaime Bausate y Meza. Es considerado uno de los mejores periodista del género de investigación y un reconocido cronista en temas urbanos del país, ha trabajado como columnista en La República, Perú 21 y Diario 16. Forma parte del grupo poético Hora Zero. Tiene publicado libros como *Usted es la culpable* (2004), *El pirata* (2011), *Sabor a mí* (2012) y *Crema carnal* (2015). Entre sus reconocimientos destacan el primer puesto en el concurso *ETECOM* 2007, en la categoría prensa escrita.

El aserrín de la memoria

1

El mozo se apellidaba Broncano y trabajaba con la familia Cochella desde la fundación del mítico bar Palermo de La Colmena en el Centro de Lima. Broncano había atendido al pintor Sérvulo Gutiérrez, de quien guardaba un retrato a tinta china, y del recordado Víctor Humareda, a quien le protegía sus secretos. Como un empleado cómplice de una buena taberna —y el Palermo lo era— Broncano sabía vida y milagros de media Lima. Y ahí estaba, siempre puntual, siempre atento, y era de una prez de abolengo de mozos con historia en la antigua capital. Pero su encanto era mayor cuando uno lo observaba conversando con el poeta Martín Adán en la última mesa de la derecha. Martín Adán no hablaba con nadie y bebía solo un trago, vaya uno a saber. Solo con Broncano sonreía. Solo a Broncano le contaba sus cosas, y qué cosas.

Los bares de Lima reúnen a personajes con leyenda e historia desde aquel Jardín Estrasburgo ubicado en los bajos del Hotel Morín en el Portal de Escribanos en la Plaza Mayor, donde hoy se ubica el edificio del Club de la Unión. El restaurante, heladería y bar, es considerado como uno de los locales fundacionales en este catastro de bares limeños, y en 1897 fue escenario de la primera exhibición cinematográfica en el Perú. La cinta fue traída por dos franceses: Demizol y Toblert, y esa vez fue una exhibición

que ofreció el Presidente de la República don Nicolás de Piérola, y que tuvo como invitados a casi toda la sociedad capitalina amén del Alcalde de Lima, el General Echenique, el Prefecto de Lima y otros. Fue el Jardín Estrasburgo quien usó los afiches publicitarios a imprenta por primera vez donde se leía: "Vinos, licores y cervezas de todas clases, Lunch, Ambigu y Helados. Banquetes, Convites y Saraos".

Y Lima que fue ciudad conventual luego se iría transformando en megalópolis mudable y versátil. Los bares así, asisten a su tradición criolla, a su orilla provincial, a su vacuna voluble de lo foráneo, el apego al canon templado del murmullo. Digo de Lima urbana y su casco histórico, no de la nueva ciudad de playas al sur de sus horizontes. En la travesía por los bares de Lima, para construir un empadronamiento con los hitos que forjan las edades, las amistades y las soledades, desde la perspectiva de las copas y el tour de la memoria, debe restituirse la institución del bar.

2

Existen bares como anuncios de una vida con estaciones y rituales. Hitos de la existencia redentora. Templo del arrepentimiento. Clínica para recargar las palabras. Uno puede ser de El Cairo o Buenos Aires. Uno es su bar y su tiempo. En Lima o Río los bares no son estaciones ni pretexto para perder la existencia, al contrario, son los espacios públicos para hacer digna la vida privada. Sólo los imbéciles no tienen bares en su memoria ni en sus ternuras. En el bar uno grita en semitonos regulables. Uno raja con sonrisas. Uno seduce enseñando los colmillos. Así, también,

uno espera a la amante que tarda, porque está enamorado, y eso es bueno para los amores contrariados, mientras se pide el último Chilcano, jamás café.

En el Centro de Lima todavía funcionan tres bares que son de principio del siglo XX. El bar Cordano, que se ubica al costado de Palacio de Gobierno, en la calle Pescadería, y que fuera fundado primero como bazar el 13 de enero de 1905 por los ciudadanos genoveses Vigilio Botano y los hermanos Luis y Antonio Cordano. Luego se ubicaría el bar Queirolo, que es de 1920 y que antes se llamó el "Florida", en las esquinas de los jirones Camaná con Quilca. De 1923 es el bar Carbone de la cuadra tres de Huancavelica, en la esquina con el jirón Caylloma. Como se detalla por los nombres, estos establecimientos fueron fundados por familias italianas que llegaron al Perú, mayoritariamente de la zona de la Liguria.

Estos bares se incorporaron a la Lima que se fue modernizando con los gobiernos de José Pardo y Barreda y el primer gobierno de Augusto B. Leguía, que es de 1908. La Lima de Valdelomar o de César Moro o de Raúl Porras Barrenechea era entendida como una comunidad rigurosamente oral. El limeño era conversador y desparpajado, respetuoso y conchudo simultáneo. La lengua secuaz forjaba la metrópoli y no al revés. Hoy habitamos en el espacio contrario. La tramoya limeña de hogaño construyó un habitante silente, pusilánime y verraco. Qué hubiese dicho Ricardo Palma o Adán Felipe Mejía "El Corregidor" si nos vieran. Nada, que así como el vals criollísimo, la picante oralidad limeña no existen más.

Lo he escrito en otras partes que en el bar los parroquianos ilustres se conocen a través de la barra. Y las

barras limeñas deben atesorar cinco condiciones: Un taburete como confesionario o que simule el diván del sicoanalista. Un barman tierno, culto y que sepa escuchar. Una coctelería atractiva donde gobierne el buen pisco. Una gama de piqueos y tentempiés, de preferencia marinos. Y, lo más importante, un administrador que dé crédito sin mayores explicaciones. Aquello produce la sabiduría del codo, que lo hace a uno distinto por ser militante del desprendimiento. Entonces uno es observador y ácido comentarista del todo. De los cariños más fieros, de los diálogos o susurros que se hacen teoría y praxis en la otra familia, la que uno encuentra en esa civilización que puebla los bares.

Lima escribió su destino en sus bares de la memoria. Esta es parte de su geografía, y me embriaga la emoción líquida de las ternuras. En mi caso, fue en los años setenta que conocí a fondo, y desde el fondo, el bar Queirolo, mi antro de la iniciación. Entonces el ron Cartavio era ese elixir del que hablaba el capital [de imágenes] de Groucho Marx. Vinces Davis, el poeta de Tumbes, fue nuestro maestro del arte de la vida. Sus frases latigueaban rotundas. Ama a tu padre, detesta a los curas, cómprale un clavel a la vieja, nos decía. Amador Guimoye era el otro oráculo.

Y cierto, uno aprendió filosofía, barrio y finta, y la poesía cruel de no pensar más en ella. Más allá el bar Cordano era otra isla, pero eso amerita otra historia. Y en el Carbone conocimos a Vallejo, filudo y huesudo [Alejandro Romualdo dixit]. Antes, en el bar Zela de la Plaza San Martín, sentí el tufo excitado de Sérvulo Gutiérrez, y con Felipe Buendía entendí porque Dvorak había animado a los arquitectos del bar del hotel Bolívar. En el Café de France,

frente al cine Le París, conocí a Isabella. Por ella tengo un lunar funesto en mi costado izquierdo y, con César Calvo, en el Versailles, comprendí que todo es cuestión de tiempo. Ah, pero que sería de mí sin las noches en el América, con jazz intramuscular, hierba para el cerebro y un verso que se quedó en la última servilleta azul. Ya lo dije, los bares son aquellos campos electromagnéticos de las ciudades. Los hitos de la arquitectura que diseña los afectos.

3

Con la irrupción de los bares en la década del 30 se funda la vicaría nocturna limeña. La vida en el Centro de Lima básicamente era diurna. El bar forja la noche, y crea al parroquiano bohemio del café y la conversa a media voz. El mito urbano de los bares habla de hechos remotos, hazañosos y alegóricos. Y el Centro de Lima está apuntalado por sus quimeras y leyendas. El envés de la cultura oficial. Lo clandestino cómplice, el reverso de la otra vida urbana. El mito es así, lo colectivo soñado, lo entrañable del pecado, el tufo, el cigarro, los cuerpos excitados, la confesión y el anecdotario más íntimo.

Los bares y algunos cafés resultan los bolsones de resistencia contra esa mudez de Babel que nos convierte, a los limeños, en sordos de solemnidad. Repito, el bar es el reducto o burladero cálido contra la agresividad de la calle. Pero debo parafrasear a Savater, en aquello que los cafés son de esencia maternal hospitalario: vr. gr.: sus asistentes necesitan de un temperamento robusto para no ser abrigados y anulados por esa aterciopelada matriz.

Lima no es urbe de cafés, sí de bares. Los pocos que se nombran hoy están cerrados o se convirtieron en farmacias. El mismo café Haití tenía local al costado del Palacio de Gobierno, y ya no existe más, como no existe el original Centro de Lima. Otro peruano apóstata y otro imaginario han desplazado de la capital su prez y su solera. Lima cuadrada fue tomada por los migrantes, aquellos que a su vez llegaron desplazados y hambrientos de otros terruños y de otras layas. Lima no tiene cafés ni tiene novela, sí poesía. "Conversación en la catedral" de Vargas Llosa, por ejemplo, y "En octubre no hay milagros" de Oswaldo Reynoso, son las únicas novelas-urbe. Por eso lo limeño no goza de cimientos históricos, y sí es profuso en su nerviosa melancolía.

He ingresado al bar, el Cordano o el Queirolo, por enésima vez, y el altar luce atiborrado de botellas. Entonces me siento un poseso con una sed descomunal. Frente a una barra de un bar uno es inmortal, porque el aroma a la muerte desaparece y su cielo de sueños me atrapa con la sed más deliciosa. Toda mi reverenda vida está en los bares y de ahí he robado su belleza y poesía. Soy acólito de sus brebajes y un monje de su religión. Los bares son el poema que siempre quise escribir y el texto que me haga sobrevivir.

4

Otro sí digo. Entre el desaparecido Palais Concert de Lima y la Bodega Queirolo, de la esquina de Camaná con Quilca, apenas medían 500 metros. En el verano y antes del mediodía, las cinco cuadras se hacen tremendas, pero el trayecto es intenso y sudado vaya uno para allá o regrese

para acá. La literatura en Lima tiene geografía, un catastro de personajes y una cartografía de libros. Los limeños al contrario de los peruanos somos memoriosos. Por estas calles no solo discurren los recuerdos, sino que está vivo ese espíritu del capitalino que habla y escribe, más que con la memoria, con las melancolías, esas rameras de las nostalgias.

Desde una de las mesas del salón de familias del Queirolo uno entiende ese talante limeño. Son las doce en punto del mediodía y los clientes llegan ilusionados del buche y no le pierden la mirada a las fuentes de escabeches, causas o estofados que van desfilando hasta el mostrador mayor, ese estanco de la cocina criolla limeña que es una provocación más que gastronómica, filosófica. Pero ese es un primer orgasmo, en la trastienda me espera lo mejor, la barra. Hay un Pisco Biondi de uva negra criolla de Moquegua que me aguarda como una amante caleta. Es fiel, me lleva a la reflexión, me amotina, luego, los amigos, la conversa, el chisme, la comidilla, el cañutazo y el chirimbolo.

Ahora luzco pechero frente a un rotundo Sancochado limeño. El caldo por delante, con rodaje de rocoto para el empierne de la sustancia que hierve y el picor que enamora. Lucha de contrarios en las sábanas del paladar. Y luego las tronchas cárnicas, las coles, los tubérculos y el vino de Cravelí que me lo guardan con recelo. Entonces me entero que se han muerto de empacho feliz algunos camaradas, que algunos poetas se marcharon al más allá, que se vive gozoso también porque se está triste, y reverbero y me entero que hasta el adulterado Queirolo de Pueblo Libre se quiere hacer dueño de la marca cuando aquí, en el Centro de Lima, está el auténtico, el más tradicional, el añoso y querido Queirolo.



Desde una de las mesas familiares del Queirolo se observa llegar a los clientes ilusionados del buche. Fuentes de escabeche, causa o estofado desfilan hasta el mostrador para llegar a la mesa de los comensales.

5

Con Abraham Valdelomar —Sí, el inmenso factótum del viejo Palais Concert— tuve mi forcejeo. Lo dije: "Existió Valdelomar zambo y fue blanco de la envidia y el recelo". Escritor y periodista, fue un ser descomunal, descaradamente moderno y atemporal y profético, que en una máquina de escribir, fue una máquina de crear, de ensamblar, de desmitificar, de observar; quiero decir, de mirar "eso" que los otros apenas podían ver. Ya en 1916 funda la revista "Colónida" (solo se publicaron 4 números) y pudo reunir —él era el centro— a varios jóvenes escritores que abrieron el camino para la entrada de las vanguardias en la literatura peruana.

El Palais Concert era en la Lima del novecientos lo que hoy es el Queirolo de Lima. Su inauguración es del 29 de febrero de 1913, y fue el principal punto de encuentro de la sociedad limeña. Tenía un toque a gran bar de París y fue el escenario para que recalen los intelectuales que editaron la "Colónida". Pero aterrizaban también por el antro José Carlos Mariátegui, al igual que César Vallejo. El Palais Concert fue en todo caso también la gran confitería de los Colónidas y al revés en esa Lima de la belle époque. De "Colónida" Mariátegui decía que no fue un grupo sino un estado de ánimo. Y Luis Alberto Sánchez en "Valdelomar o la belle époque" afirma que fue una aventura polifacética, decadentista y un tanto fanfarrona. Exagera L.A.S. solo por joder, y está bien. No obstante, "Colónida" fue un batallón socarrón de ladinos salvajes. González Prada, Eguren, Chocano, More. Poesía y desparpajo. Y harto sicotrópico: El Dr. Badham en el

Nro. 2 publica "Los tóxicos en la literatura y en la vida" y en Nro. 4 hay un codazo poético contra el alcohol y a favor del opio y el éter: "Abajo el cañazo, viva la morfina".

Luego de "Colónida" no apareció otro grupo solidificado en más de medio siglo. Se habla de generaciones pero no es lo mismo. De la "Generación del cincuenta" con Romualdo, Rose, Valcárcel, Delgado, Sologuren, Bendezú, Belli, le sucedieron en los sesenta los jóvenes Corcuera, Naranjo, Calvo, Pérez, Gómez, Hernández, Cisneros, Lauer y Javier Heraud. Todos poetas singulares y fascinados por una textualidad personalísima. Heraud es quizá aquel que radicaliza un distanciamiento con sus pares predecesores. Su trenza simbólica reúne a Manrique, Machado y T. S. Eliot. Un joven miraflorino inflamado de una estética política que lo llevaría a la muerte.

6

En Lima hay un nodo entre la literatura y los bares desde el novecientos. El lampo poético habita entre las mesas y las barras. Desde entonces, más que ciencia genera conciencia. Su gramática es glocal —global y local— en el sentido del trío de dos, Deleuze & Guattari, quienes reivindican el proyecto nietzscheano de la inversión del platonismo comunal, y una concepción de lo real entendido como formado por una multiplicidad de planos. En la barra del bar el limeño ha puesto en pie la idea de la reflexión contra los dictadores andróginos, los líderes de opinión, las vacas sagradas del canon. Así, el bar es asamblea y subvierte lo que la formalidad considera pecado. La ética del bar, así, debe contar con mozos

ilustrados, cantineros sabios y propietarios generosos. Todos reemplazando al cura en el confesionario y al psiquiatra en el diván. Así se articula la conectividad entre el parroquiano, su discurso y el arte de la solidaridad. Amigos los de antes. El bar no produce inútiles, genera lucidez.

Si en el Salón Estrasburgo de la Plaza de Armas a principios del S. XX, los limeños pudieron ver por vez primera una función de cine, fue en la confitería de la familia Barragán Muro, luego llamada el «Palais Concert», donde los almidonados limeños conocieron al primer auténtico artista: el zambo Abraham Valdelomar. Don Ernesto Ascher (En "Curiosidades Limeñas". Sear's Roebuck del Perú S.A. Lima 1974. Ascher es limeñólogo y como Porras Barrenechea o Salazar Bondy, el poeta, agarra calle y callejón de media mampara) dice que el antro —ensamblaba una épica vicaria y una lírica hedonista— se convirtió en el rendez vous de la sociedad al compás de una orquesta de Damas Vienesas al centro de una rotonda-mezzanine hasta que cayó Leguía y la sociedad se mandó a mudar a las chinganas de la Calle Capón.

En los cincuenta el Palermo fue el bar. El más grande que se recuerde en este ejido. Sus restos aun se observan en la cuadra 11 de La Colmena, cerca al Parque Universitario. Sus 22 mesas reunieron a la vanguardia del pensamiento peruano entre 1950 hasta 1974. Alfombrado de aserrín y tatuada por la efervescencia nocturna, reunía a profesores y estudiantes de la universidad de San Marcos, y alguno que otro de guapo de la Católica. Gentiles de Letras y de Derecho. Era también conspicua la feligresía periodística, porque bajaban, al cierre de la edición, toda laya de redactores de La Prensa, La Crónica y El Comercio, los diarios más importantes de ese entonces.

El bar convertido en ágora griega. A los gritos las ideologías y las pasiones bajo ventrales. Luego, el bar Chino-chino y después el volatín en el épico bar La Comisaría. Adoratorio de la bohemia intelectual pensó el país de otra manera. Se equivocó Pablo Macera y, quizá, José María Arguedas. Después de todo, con este país, quién no se equivoca. Los hombres y las botellas, ese dueto que imaginara Julio Ramón Ribeyro, fue el soporte para los sueños y las utopías estrellados por las traiciones perpetuas.

En los setentas el viejo Martín Adán se asolaba en su mesa sempiterna. Broncano, el mozo, no permitía que lo molesten. Miraba la eternidad, el orden genético de sus palabras. Nosotros en la otra mesa no le perdíamos detalle. Usaba un gabán mugriento y decían que estaba loco. Y decían también que era un genio. El Palermo permitía acompañarlo, como citar a Nietzsche, «más allá del bien y del mal». Y desde su antiguo amor a la sabiduría no corrompida, aparecía Ortega y Gasset, y hasta el nirvana como fuente ideológica del fascismo germano, que era el fuerte de Schopenhauer, en los gritos de Jorge Pimentel o Tulio Mora o Enrique Verástegui, jóvenes aún, entre los puchos de la vida y los cigarrillos prestados, y las medias botellas de pisco Vargas y los capachos bien remachados. Kant se enfrentaba a Velasco, y la Reforma Agraria a Garcilaso. Así Kin Novak era más mujer que Laura Antonelli, o al revés, y Gladys Arista más fiel que Cuchita Salazar. Y recitábamos a Thomas Nashe, poeta impuro del mil quinientos: «Una flor es la belleza, que se marcha y se consume... El polvo ha cerrado los ojos de Helen, es hora de morir, estoy enfermo: Señor ten piedad de nosotros». Así, a las 4 de la mañana, apagábamos la luz de El Palermo y todos nos íbamos a dormir, con Helen, por supuesto.

7

Los peruanos más ilustres saben por la barra del bar y de 'la sabiduría del codo'. Codistas famosos fueron los habitúes del Negro-Negro, del Viena, el Haití de la Plaza Pizarro y los solitarios de la medialuz en el Pigalle, el Ebony y el Maury. Antes que los burócratas de la inteligencia que se despeina por el establishment y el lameculismo antañón. El militante del bar es poco estridente, más bien observador, y es ácido cuando detecta un sobón. Aquello lo salva del champancito que ya denunciara Vargas Llosa. El «hermanito» es enemigo de los cariños fieros que en diálogo o susurro, se hacen teoría y praxis en la otra familia, la que uno encuentra en esa civilización que puebla los bares.

A los bares de los setentas poéticos los aroma un movimiento singular en las literaturas nacionales latinoamericanas: Hora Zero. Jorge Pimentel de Jesús María, Juan Ramírez de Chiclayo, José Carlos Rodríguez de Iquitos y Enrique Verástegui de Cañete, cuatro visiones distintas para un país diferente, el de Velasco, publican la primera revista con poemas y un manifiesto: "Palabras urgentes", que le pedía cuentas al canon literario peruano adormilado en sus aposentos y que constituía una suerte de traba elegante para que ciertos apellidos, algunos términos y varios temas, no sean poetizables. Este fue el inicio de una historia que no termina.

Ante todo ello los bares son la salvación. Se asiste con tenacidad porque ya no hay lugar en este cielo citadino, y si es de noche mejor. Su cultura vicaria remplaza al diván y al confesionario. Según la escenografía urbana todos

conversan, pero el hecho que tenga la mano en la oreja a partir de los teléfonos móviles, es falaz. Sólo se conversa mirándose a los ojos, cuán distinto es hablarle a un aparato. Los celulares, en definitiva, le han restado al limeño dilección. Lima no es abundante en bares míticos que se conservan. Por ello este es un homenaje a las pocas tabernas que hoy todavía existen. Y que cuando uno las visita está asistiendo a un pasado que se conserva en sus mesas y barras. Ante esta Lima del siglo XXI donde los espacios urbanos públicos son privados. Frente a esta Lima que es hoy urbe sexual de un mercado barato de la carne que ha forjado la pandemia urbana de los hostales. En la ciudad de los besos, de parques míticos que habitan en la exclusión proterva de las rejas, la ciudad ha generado un sentimiento de lo "caleta", aquel síndrome híbrido, esa filosofía de beata pecaminosa que espera esconderse en la 4x4 del gerente, y la práctica de la tarántula, ese arácnido que abre las piernas para trepar.

Jaime Bedoya
(Lima, 1965)

Es un destacado periodista y cronista del medio nacional, tiene la columna semanal "Disculpen la pequeñez" en el diario El Comercio. Como escritor presenta diferentes libros publicados, entre los que destacan *Ay que rico* (1999), *Kilómetro cero* (1995), *Mal menor* (2004), *Trigo atómico* (2010) y *Mejor que ficción* (2012).

Noticia peruana típica

Trágica muerte encontraron aproximadamente tres docenas de ciudadanos en un choque múltiple de dantescas proporciones acontecido el día de ayer a la hora de siesta. Once vehículos de uso público y particular, incluyendo tres buses interprovinciales, un trailer y un burro, colisionaron indiscriminadamente entre sí, distrayendo a una muchedumbre en aparente estado de ebriedad, reunida a un lado del camino, a punto de iniciar una batalla campal por un malentendido en torno a si un terreno municipal debiera ser cedido a un parque de diversiones o a un burdel. El impacto inicial se dio cuando tras el centesimosegundo cabeceo de Elmer Cutipa, conductor del Expreso Internacional Coxis, que llevaba veintisiete horas de manejo ininterrumpido, sin miccionar, este abrió los ojos a 120 kilómetros por hora y vio un burro orinando en medio de la pista, perdiéndose en el vértigo de la proyección personal. Cutipa, despedido de las empresas eléctricas durante el régimen anterior, cubría al verdadero chofer, su primo Walter, quien hacía el viaje en aparente estado de ebriedad dentro del compartimento de carga. Este aprovechó la ocasión para hacerse pasar por el despedido y denunciar que Coxis no había cumplido con el depósito de los beneficios sociales del difunto chofer (él mismo), de quien se declaraba único heredero. La mencionada empresa era propiedad del congresista independiente Gulliver Santos, sobre cuya cabeza pende el levantamiento del fuero parlamentario a raíz de una denuncia por acoso sexual, bajo aparente estado de ebriedad, que últimamente había


Múltiple accidente vehicular deja docenas de muertos. El chofer manejaba tras veintisiete horas de viaje continuo. El vehículo iba a 120 km/h al momento de la colisión.

sido olvidada en virtud de los sucesos que habían enlutado a su familia: Un potencial familiar político suyo (el primo de la ex secretaria que lo acusaba de violación) era uno de los pasajeros del fatídico helicóptero de la compañía Aero Anomia que se estrelló en Huaraz la semana pasada, en circunstancias en que el piloto recibía una llamada celular, al pretender remontar los tres mil metros del nevado Nicay, para ganar tiempo. Investigaciones revelaron que la compañía en cuestión operaba con una licencia para la organización de corridas de toros, y que la nave carecía de aceite, pues éste había estado siendo utilizado para proveer de prótesis de glúteos a una veintena de vedettes a punto de emigrar a Japón, en aparente estado de ebriedad, y con visas falsas, proporcionadas por la mafia de un tal coronel Tumay. Mejor suerte tuvieron los doce pequeños del nido Pequeño Mundo, que viajaban a bordo de la tolva del camión platanero, sin placas, que entró en varias vueltas de campana al ser impactado lateralmente por el Expreso Intl. Coxis.

Los niños no se libraron de varios politraumatismos, pero peor hubiera sido su suerte de haber llegado a su destino final, el cuartel militar de la localidad, donde se realizaría una chocolatada veraniega de acción cívica, hecha por error a base de raticida, y donde luego reclutas, en aparente estado de ebriedad, harían detonar un misil tierra-aire con serísimos resultados. Ya para ese entonces el Congreso había conformado una Comisión Investigadora para dar con el paradero final del asno, sospechosamente presidida por el congresista Gulliver Santos, quien complicó la situación, cuando desde el noticiero de un canal, propiedad de un procesado, no habido denunció que en la última campaña electoral, el actual presidente había prometido, en aparente

estado de ebriedad, un puente peatonal que hubiera permitido al burro cruzar la carretera y orinar al otro lado de la vía, evitando la desgracia. El noticiero estableció una comunicación vía satélite con el Presidente, en esos momentos de viaje en una Conferencia Internacional sobre La Prevención de Cortocircuitos en Ollas Arroceras que se celebraba en Copenhague. En su suite del Hilton sostenía una pequeña reunión con una veintena de parientes e invitados al viaje por cuenta del Estado, en aparente estado de ebriedad, con los que en esos momentos celebraba el que Tony Blair le hubiera servido un vaso de agua (sin pedírselo) mientras compartían la mesa de expositores. El presidente declaró que la mafia seguía vivita y coleando. Acto seguido mostró la copia de una resolución jurisdiccional de un juez anticorrupción, en la que en presumible error tipográfico se fundamentaba una excarcelación con una ley que exoneraba a burros y acémilas del uso de arnés al transitar fuera de sus corrales. No lo voy a permitir, decía, mientras en el noticiero de la competencia el coronel Tumay declaraba, en aparente estado de ebriedad, que "ojalá aprendamos la lección que nos dejan estos terribles hechos", sin saber que en ese mismo momento su puesto era ofrecido telefónicamente por el Presidente a por lo menos una veintena de candidatos, siete de ellos en aparente estado de ebriedad. Simultáneamente una marcha espontánea, organizada por el partido de gobierno, prendía fuego al Poder Judicial, al hacerse público el repunte presidencial de tres cuartos de punto en las encuestas ante su vigoroso ataque a los jueces corruptos. Sólo minutos después, huso horario de por medio, en el piso 33 de un edificio en el barrio de Kojimachi, Tokyo, un expresidente prófugo, que había renunciado por fax, actualizaba su página web solidarizándose con la víctimas del choque, de la caída

del helicóptero, con las vedettes, con los afectados por la chocolatada envenenada, los de la explosión del misil, con el Poder Judicial, con aquellos en aparente estado de ebriedad, y con el burro, que a esas horas de la noche en medio del campo miraba la Luna con una panca de choclo a medio comer en el hocico. Así miran la Luna los burros.

**Publicada en la revista Caretas. (30-01-03)*

Gabriela Wiener
(Lima, 1975)

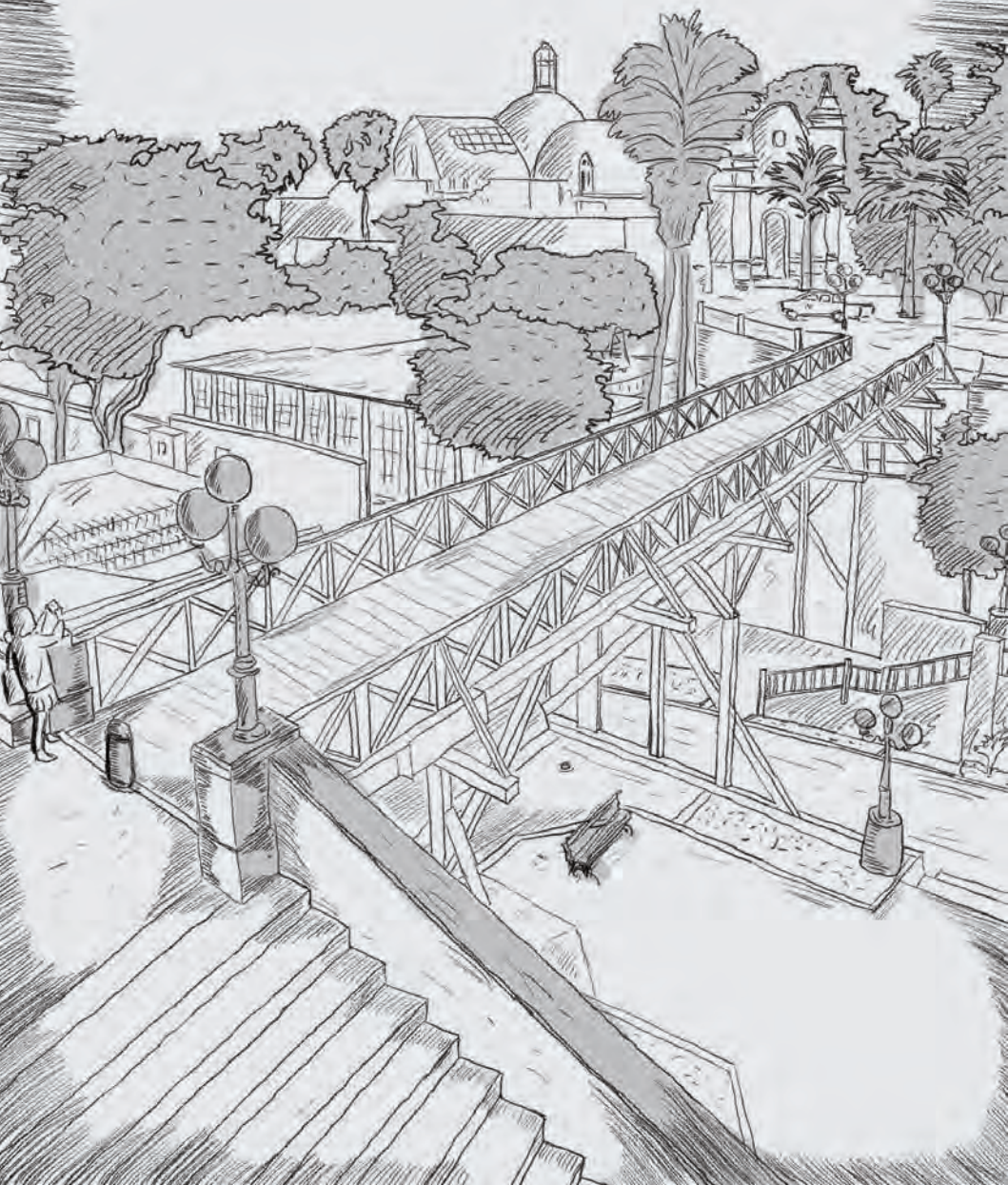
Es cronista, poeta y periodista. Estudió Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú y una maestría en Cultura Histórica y Comunicaciones en la Universidad de Barcelona, actualmente radica en España y forma parte del grupo de nuevos cronistas latinoamericanos. Es colaboradora en diversos medios, columnista en La República y corresponsal en Etiqueta Negra. En su material literario tiene *Llamada perdida* (2014), *Sexografías* (2008), *Nueve lunas* (2009), *Mozart, la iguana con priapismo y otras historias* (2012), *Kit de supervivencia para el fin del mundo* (2012) y *Cosas que deja la gente cuando se va*, también ha escrito el libro de poemas *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu* (2014).

A dónde llevarte

Nunca antes había tenido que recibir a nadie aquí, a nadie que me importe tanto como tú. ¿A dónde llevarte? Me he hecho esta pregunta unas cuantas veces estos días y, admito, se lo he preguntado a alguna gente. ¿A dónde llevarían a una persona que les importa mucho y visita por primera vez la ciudad donde nacimos? Después de considerar las posibilidades he confeccionado una lista. ¿Podrás confiar en esta guía más de la nostalgia y del olvido que de la realidad, confiar en la persona que se fue de este lugar hace once años para no volver, y cuya ciudad de origen es ya solo una maqueta urbana detenida en el pasado y en su esplendor subterráneo, como decía Eielson, una ciudad no para vivir, sino una ciudad ideal para morir? ¿Qué lugares de Lima significan tanto para mí como para significar algo para ti? ¿Será suficiente con eso o debería llevarte a sitios que signifiquen algo por sí solos? Son preguntas que podrían desanimar a cualquiera y, sin embargo, asumo el riesgo de prometerte una ruta imperfecta por el sol de Lima, ese sol permanentemente eclipsado del que te he hablado más de una vez. Y me temo, también por sus arenales, cuyas entrañas aún esconden huesos y cráneos, pero no sólo prehispánicos de plumas y mantos, ni de capas y espadas y crucifijos, sino de muertos mucho más frescos, de cuerpos jóvenes como el tuyo, pero desaparecidos, descuartizados, dinamitados, enterrados, desenterrados, vueltos a enterrar, pero nunca olvidados. Quiero que sepas que sobre esa tierra caminaremos. No lo pierdas de vista.

Empezaré entonces por el principio. Lo primero que haré será llevarte a los barrios en los que viví. Ya me conoces, déjame empezar con algo de personalismo. Nunca he sido de un solo barrio, como nunca he sido de una sola ciudad. Pero lo bueno es que todos mis barrios se parecen, son vetustos, comparten cierta vieja gloria, encajan a la perfección en una de esas frases que suelen decir las viejitas tristes en los parques de por aquí: «Una Lima que se va». El primero, Jesús María, donde vivía un poeta que también era médico de barrio. ¿Dónde sino en Jesús María un poeta refinadísimo como Luchito Hernández podría ser médico de barrio? Muy cerca de ahí está San Felipe, la residencial donde vivía, estudiaba y fumaba marihuana cuando era niña. El segundo, Magdalena del Mar, donde está la casa de mis abuelos, que es hoy la casa de mis padres, que alguna mañana te hablarán de sus años de militancia. Magdalena es el nombre de mi hija y es todo lo que cabe entre un hogar para niños huérfanos y un manicomio, vecinos de alguna manera parecidos que se miran inmutables en su grandeza inhóspita. De día, los gritos de los niños, de noche, los llantos de los locos, y viceversa. Alguna vez hasta hice un poema con esa idea. Y, finalmente, Barranco, mi última casa antes de partir. Allí viviremos estos días —aunque el puente de los suspiros, el puente de los enamorados, ¡oh ironía!, esté en obras— jugando a la felicidad como en una casa de cartón iluminada por un diamante. O una lámpara azul. Justo al lado de una iglesia que merodean los gallinazos sin plumas y los arlequines eguriniános. Te llevaré después a la cima del cerro San Cristóbal, nuestro pan de azúcar amargo, cuando el cielo se abra, si se abre, como una herida, y un rayo de luz milagroso caiga sobre las casuchas paupérrimas pintadas de colores, un alarde decorativo único en el mundo.

Y finalmente te llevaré a mi última casa, en Barranco, pasearemos por el Puente de los Suspiros, y jugaremos a la felicidad, en esa morada iluminada por un diamante.



Veremos Lima desde ahí y así, durante un rato y con algo de alivio, no veremos el cerro, no veremos nuestra vergüenza. La gente asciende por sus laderas en Semana Santa escenificando el vía crucis. Yo lo hice una vez para huir de un romano. También veremos Lima —a la que llaman «la horrible», como nos llaman a todas las raras, extremas, contradictorias— desde arriba pero desde el otro lado, desde el Morro Solar, en Chorrillos, hacia la bahía bañada por el Mar de Grau y tapada por la gran nube gris. La Lima de malecones modernos y edificios recién construidos dentro de una burbuja que tú bien conoces y que un día también estallará en mil pedazos. Pero bien arriba, ajeno a todo, yace su ruinoso planetario, un observatorio en un lugar sin estrellas tiene mucha gracia. Allí, en los noventa, entrevisté al líder de la secta de los raelianos peruanos. Mejor olvídalo. Iremos quizá a la Punta, en el Callao, otra vez al mar, el mar omnipresente, a ver los barcos enormes de la marina de guerra. En el puerto de Lima, como en muchas otras zonas, el tiempo no ha pasado. Debajo del cerro San Cristóbal se extiende el centro histórico, donde los españoles fundaron la Ciudad de los Reyes. Te enseñaré la estación de trenes de Desamparados, sólo porque me encanta su nombre. Tendremos un largo día de bares, será largo porque los más míticos, que son poquísimos, están en barrios alejados entre sí. Beberemos en el Cordano, donde solía almorzar un pintor llamado Humareda, que sólo pintaba prostitutas al óleo y vivía en un hostal de La Parada, un mercado-jungla tan asombroso como temible que hace poco fue borrado del mapa. Y al Queirolo, lleno de poetas inéditos que te acarician las piernas. Y de ahí al Juanito renacido, que es lo más parecido a un Palentino o a alguno de esos bares de abuelos en los

que a veces caemos en Madrid. Y todo el rato beberemos chilcanos, que es mejor que el gin tónic porque lleva pisco y lima y ginger ale. Le diremos a Jaime que nos lleve un día a la Herradura, que en otra época fue la playa de los surferos limeños y ahora es otra playa perfectamente triste, tan solitaria en invierno que nos quedaremos muchas horas ahí, en el bar, ese decadente, El Nacional, donde él y sus amigos se vuelven niños otra vez. Te daré de comer butifarras, que no son salchichas como en España, sino sanguches de jamón del país con cebolla y amor; platos de ceviches y atún nikkei y anticuchos en restaurantes que no estén de moda. Iremos a ver los huacos eróticos en el Museo Larco. Creerás verme en todas las figurillas de mujeres de barro rojo y rostro indígena que engullen penes monolíticos y paren niños. Sabes bien, porque siempre presumo de ello, que mis antepasados, los mochicas, hicieron pelis porno en esculturas de cerámica. Tomaremos jugos en los mercados, contaremos los cientos de variedades de papas que hay e iremos a las fiestas populares, a bailar en las polladas bailables en Ñaña, camino a Chosica, y a cortar árboles embellecidos con serpentinas. Iremos hacia allá para buscar el sol, un poco más lejos, a Santa Eulalia —a dos horas de Lima siempre sale el sol— y nos bañaremos sin ropa en el río, y te enseñaré la gran piedra plana donde hice el amor cuando tenía dieciséis años. En esa misma piedra tomaremos el sol como si naciéramos en ese momento de una campesina costeña. De vuelta iremos a comprar películas de culto en Polvos Azules, a que te lea las cartas una bruja que le ha leído la suerte a un presidente. Si mi abuela estuviera viva te llevaría para que te pasase el huevo, para que nunca tuvieras miedo, pero en cambio te llevaré donde mis amigas que hacen purgas en la selva y nos

recomendarán a un chamán urbano que no esté loco ni quiera violarnos ni robarnos, y caminaremos por las lomas de Lachay o por los oasis de Pachacamac bajo los efectos del San Pedro, sin miedo a quedar embrujados. Y nos sentiremos divinidades andinas, como mínimo, y por eso volveremos a bailar en un concierto de cumbia al aire libre. Te llevaré a peñas criollas auténticas que ocurren secretamente en las casas de los jaranistas, abuelos y abuelas de antaño, negros, negras, cholos que comen gato, sólo a veces, pero siempre cantan y tocan el cajón. Y, por supuesto, a una peña andina, que son mucho más melancólicas, aun cuando son alegres, y que son también mucho más yo. Y volveré a ver contigo la muestra Yuyanapaq, la exposición permanente de fotos de los años de más violencia en el Perú. Y así también entenderás más a este país. E iremos, sin duda, a otros cerros donde no hay agua potable, y verás como la gente ha hecho pueblos enteros invadiendo el desierto, y verás qué seco, qué sucio, qué monocromo parece todo, el gris sobre el gris, hasta que te acercas mucho, y entonces ves otra ciudad, te lo aseguro, aunque no tengo por qué asegurártelo porque sé que ya lo intuyes. A todo esto lo llamamos chicha. A un color inesperado. A una manera de ser ante la adversidad. Algo que baila. Que canta contra la desesperanza. Te espero en ese color.

Juan Manuel Chávez
(Lima, 1976)

Estudió Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es novelista, cronista y hombre de radio. Tiene reconocimientos como el *Premio de Ensayo de Radio* de la Universidad Nacional Autónoma de México 2016, con *Las voces y el mundo: la radio*, y el *Copé de Plata en la XII Bienal de Cuento* 2002, con su obra *Sin cobijo en palomares*. Se destaca como uno de los mejores escritores contemporáneos con sus libros *La derrota de Pallardelle* (2004) con el que obtuvo la primera mención del *Premio Nacional de Novela Federico Villarreal*, *Ahí va el señor G* (2009) y *Limanerías* (2012) de donde fue extraído el ensayo publicado en esta edición; además tiene la columna "Sin brújula" en la revista SoHo.

Paisaje peruano

"Ningún hombre es una isla", dice John Donne. Me atrevo a añadir a esta maravillosa sentencia que ningún hombre ni ninguna mujer es una isla, pero que cada uno de nosotros es una península, con una mitad unida a tierra firme y la otra mirando al océano. Una mitad conectada a la familia, a los amigos, a la cultura, a la tradición, al país, a la nación, al sexo y al lenguaje y a muchos otros vínculos. Y la otra mitad deseando que la dejen sola contemplando el océano.

Amos Oz

Plaza Mayor

Diseñada con cuidado y destreza, la Plaza Mayor es un cuadrado atrayente, vistoso, bien resguardado por la devoción cristiana en la Catedral, el poder del pueblo en su palacio gris y la confraternidad del vecindario en su edificio municipal. Respeta así, transcurridos casi quinientos años, su disposición original.

Ahora ya parece leyenda la historia de Francisco Pizarro eligiendo el valle de Lima como lugar propicio para levantar una Capital, leyenda parece el relato de los trece guerreros que asistieron con estandarte y espadas en mano a la consagración religiosa y festiva de la fundación de la ciudad, donde un profundo tajo sobre un tosco madero y los gritos de proclamación, desafío y ejecución, sellaron el nacimiento de la comunidad. Claro, parece leyenda el descampado, la tierra, el olor a mar, cuando las palomas revolotean cada mañana, los fotógrafos de Polaroid laboran uniformados, se estaciona en una esquina el

percherón y su carruaje, y, por supuesto, muchas personas divierten el domingo en familia, sentados en el mármol de sus banquetas mientras confunden la garúa con la alegría, o, tal vez, recorren la Plaza Mayor con el apuro que siempre nos imprime el lunes, a paso urgente, dibujando la equis de su arquitectura. Pero en épocas antiguas (ayer, centurias atrás), fue el núcleo del desorden, porque entre pregoneros y mercachifles sirvió de asiento para el comercio ambulatorio, el griterío y la chismografía.

Pensando en las mujeres ataviadas con saya y manto que nos trae como un rumor la memoria del coloniaje, atendiendo a los varones de familias encopetadas, a los hombres del Ande forzados a terminar sus días en la costa, a los mulatos parlanchines que pasaban la vida construyéndose una patria, muchas palabras podrían asistir a describir lo remoto: diversidad, privilegio, oposición, desdén, ausencia… reproduciendo un tiempo en que el lejano Rey dejaba sentir su fuerza de tinta y papel, tiempo en que la presión devota del clero imponía "Padrenuestros" y el pueblo, cándido siempre, confiaba su destino a un notable elegido.

Se imponen muchos siglos para hablar de ayer. Lima se reescribe todos los días copiando a perpetuidad sus líneas argumentales más íntimas. Por eso, visitar su Plaza Mayor es enfrentar el pasado y vislumbrar el futuro, descubriendo bajo sus piedras cinceladas una nacionalidad múltiple, fracturada: siempre una promesa pendiente. Así, no hay lugar más adecuado para iniciar un recorrido urbano que refleje el Perú, que hacerlo desde su arquería con la imagen del atrio monumental a la espalda.

Jirón De La Unión: Primera cuadra de la excursión

Con su orgullo nacional las hamburguesas de ese restaurante de comida rápida bicolor, que es Bembos, han sabido destronar a franquicias foráneas como Mc Donald's o Burger King. Son jugosas, variadas y enormes. Son Inca Kola y sabor peruano; pero también son una forma de sentirnos globalizados, de ser modernos, porque es alimento al paso para nuestras jornadas sin pausas; en buena cuenta, una apropiación aventajada de la imagen norteamericana. Comer casi de pie y en autoservicio es hábito reciente y además prestado. Sin embargo, ha calado entre muchachos y oficinistas, quizá hasta en abuelos bonachones. Todo ahí es divertido y socializador; es decir: el zumo de la nueva libertad. Por eso el Bembos del Cercado de Lima siempre está colmado de gente, ofreciendo un local aséptico y asegurando el mejor saludo para iniciar nuestro recorrido turístico con su colorido y aroma. En su local, que es una versión remozada de una casona antigua, aderezada con colores llamativos, espejos y mamparas, sobran los uniformes limpios, y los pedidos invitan al nombre de pila, como suele tratarse a los amigos. Si bien esta práctica es común, también en otros establecimientos, tal vez solo en Bembos no parece abiertamente confianzuda o desdichadamente impostada. El "tal vez" campea siempre el Jirón de la Unión.

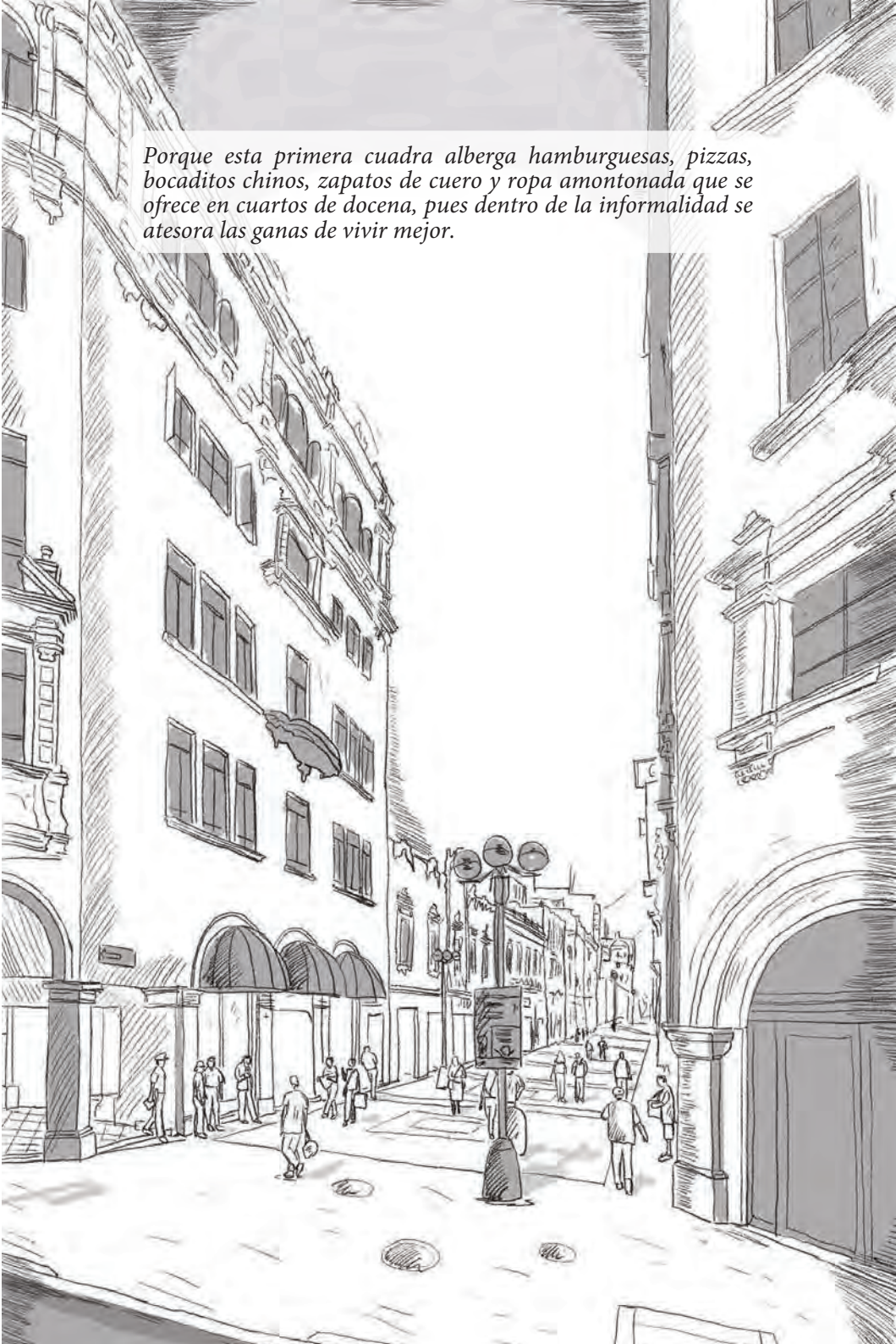
La otra cara de la moneda se encuentra exactamente al frente, al precio de un nuevo sol con noventa céntimos, como si fuera una oferta perpetua. Otra cara de la moneda, porque la idea que gobierna es la misma en ambos locales; pero su aplicación, distinta. Como hermanos de un mismo vientre, guardan semejanzas y diferencias. La sencilla pizzería Aquí Estamos

también se apropia de un producto foráneo y lo hace peruano en su modestia, acompañando su producto elemental (masa, queso, jamón y salsa) con algún café instantáneo. Por supuesto, tampoco adolece de clientela, todos sus trabajadores tienen uniformes rojiblancos y la arquitectura interna se adapta a fuerza al horno descomunal, a las sillas, al griterío.

Vistos desde afuera, Bembos y Aquí Estamos podrían pasar por establecimientos parientes, con sus anuncios a color, sus toldos de estación, sus olores de pase usted. Pero hay contrastes que no van, esencialmente por el precio, por el orden, por la sazón, están en los sueños. Porque esta primera cuadra también alberga bocaditos chinos, zapatos de cuero hechos a mano, ropa amontonada que se vende al contado y se ofrece en cuartos de docena ansiando la codiciada estabilidad, persiguiendo la ilusión del negocio próspero. Pues durante las extensas jornadas de trabajo, hecho a trompicones, patinando sobre la informalidad, se atesora las ganas de una vida un poquito mejor.

Jirón De La Unión: Segunda cuadra de la excursión

No se equivoca la rigurosa Beatriz Sarlo cuando explica el horizonte de los grandes locales comerciales como territorios liberados de identidad local, porque si el Jirón de la Unión no es un dechado de virtudes cuando es desordenado, sucio, inseguro y estrecho; ahí en lo que tardan dos pasos está Falabella para remediar el problema, ofreciendo al caminante el orden, limpieza, seguridad y amplitud deleitables de sus salones, articulado todo por su prestigio mercantil, su oferta mundial como trasnacional del expendio por departamentos.



Porque esta primera cuadra alberga hamburguesas, pizzas, bocaditos chinos, zapatos de cuero y ropa amontonada que se ofrece en cuartos de docena, pues dentro de la informalidad se atesora las ganas de vivir mejor.

Falabella pretende negar en su resplandor a la ciudad que la alberga. Afuera, los llamados pirañitas, tan jovenzuelos como peligrosos al montón, se pueden aprovechar de tu billetera, o quizá algún olor insultará tu recorrido; pero adentro, de acuerdo con lo que parecen sugerir las enormes estanterías, espera un mundo distinto: el dinero es una tarjeta y un código a cambio de la belleza anhelada. Prendas, muebles o licores, algunos de nacionalidad peruana y otros, extranjeros, se venden a todas letras en remates y con porcentajes de descuento. Es el universo de lo neutro, el monstruo comercial, no de lo foráneo, pues andar por sus pasillos no es recorrer Buenos Aires, París o Nueva York, es recorrer la misma idea de tienda que puebla diferentes ciudades. Así, buscar un jean, probarse un zapato, apoltronarse en un sillón, es encajarse con regusto en el laberinto de la transacción financiera, es enseñorearse en la dimensión paralela de la compra y venta. Será por eso que afuera, por diez soles, sin regateo, todos podemos aprender, mediante un CD y un libro sin pie de imprenta que promociona una muchacha, las virtudes del francés, el arrojo del italiano, la eficiencia del alemán, la necesidad del inglés; ya que adentro, en la tienda por departamentos, tan brillante y lustroso desde sus espejos hasta sus anfitrionas, siempre se permanece en Lima; mientras que afuera, my name is y bonjour madame, creen afirmar las ventajas de ser distinto.

No es extraño entonces que los feos y opacos balcones que resisten en Jirón De la Unión, huella estética del universo virreinal y del poderío oligárquico, se noten cada vez más irrelevantes al enfrentar sus miserias con el barullo que agiliza la calzada, como le ocurre a una astilla perdida en aserrín. Al fin y al cabo es poco el dinero que se moviliza

para adquirir algún artículo de vida contada, y en otras ocasiones, como comprando un disco de idiomas, la amarga fantasía del paraíso lejano.

Jirón De La Unión: Tercera cuadra de la excursión

La tercera cuadra del recorrido es la más pequeña, aunque también la más apretujada, pues alberga con esfuerzo a una sucursal electrónica de Falabella, la imponente seguridad de una entidad bancaria y la ornamentada devoción de la Iglesia La Merced. Comercio, dinero y religión se acumulan en contados metros para confundir al andariego, cautivándolo con sus promesas desiguales.

Parece que el tiempo del Ángelus o la misa consagrada está derrumbándose día tras día, ya que ahora la fe se manifiesta al paso, entre oficina y almuerzo, si nos atenemos a los jovencitos o señoras que ingresan por la nave principal de los mercedarios para recoger un Ave María y, mejor, una comunión sin confesión, como una manera de aligerar el espíritu… Continúan luego sus recorridos un tanto orondos, menos culposos. Al visitar el KFC, que se encuentra al final de la cuadra, ocurre algo similar: con adquirir una porción de papas fritas para el camino, se alcanza una satisfacción fugaz; fugaz, pero apreciable. Será que ahora toma más tiempo una gestión urgente en la sucursal crediticia de columnas y enrejados que una visita contrita al sagrario que observa desde el frente; será que ahora auscultar las bondades de una computadora entre tanta propuesta de modelos y precios exige mayor atención que un tiempo para la reflexión silenciosa, apacible.

Quizá la respuesta se encuentra en la calle, deambulando siempre a las puertas de La Merced, ataviadas de oscuro, sonrientes y cargosas. Por una moneda de un nuevo sol cualquier parroquiano incrédulo puede asegurarse la inmanencia, si acepta en el pecho el detente obligado de San Martincito (santo mulato de la cristiandad) o La Sarita (postulante a la cristiandad). Sencillísimo, como quien canjea vajilla nueva con tres tapas de gaseosa. Insolente administración de la piedad ajena, impertinente afán de lucro, llamémosle como nos plazca. Lo cierto es que muchas señoras adecúan, con experiencia y maña, una solución a sus arcas, mientras aligeran nuestras creencias de vida apresurada.

Muy poca calle para tanta nación, mucha celeridad para tan escaso juicio. Así, el problema no radica en que los católicos huyan por pereza de las liturgias, cada evangelista prefiera la elocuencia de su pastor, pululen los agnósticos o los ateos de razón, sino que se ha dejado ya atrás el tiempo en que tomar asiento en una banca de parque implicaba rememorar nostalgias entre sonrisas, meditando en quienes confiar; y, aún peor, pertenecen al territorio del olvido los anhelos que antes atesoraban en intimidad, cuando soñar era asunto de todos, no solo de locos, poetas y niños.

Avenida Emancipación

Recordemos:
Don José de San Martín desembarcó en 1820 al sur de Lima con un ejército de entusiastas patriotas chilenos, argentinos y pocos peruanos, decidido a dar

a los habitantes de la Capital muchos motivos para deshojar margaritas. Porque la independencia ponía en peligro las ventajas de tener esclavos y ostentar la fuerza de apellidos frondosos: ¿cuántos virreyes valen un Libertador?, ¿a qué precio ofertamos el coloniaje si nos dan una República?, rumiarían en sus amplias casonas los patricios nacionales, hostigados por la incertidumbre. Pero las noches de diálogos entre prohombres se sucedieron con diligencia y buena ventura, hasta que se proclamó la emancipación. Patria, Libertad, Independencia, gritaron en mayúsculas castellanas los apostadores bajo el balcón de nuestra oportunidad democrática. Pasado el tiempo, dos batallas serranas y un combate marítimo en el Callao, contrariaron la sujeción del negro y el silencio del indígena; sin embargo (circunstancia curiosa), mientras se imponían los presidentes y todas sus constituciones, aquellos nunca tuvieron ocasión de inventarse ilusiones. Ahora la Emancipación continúa en su esfuerzo de mantenernos unidos, y es también una avenida.

Jirón De La Unión: Cuarta cuadra de la excursión

Hasta hace menos de una década el Aero Club del Perú, mantenía su ubicación en mitad de la calle, como un oasis de exclusividad en un entorno de mercadeo. Los barrotes que resguardaban su gran portón, y la caseta de guardianía, dejaban sentado que la entrada solo se abría a los socios y contadas visitas. Dentro, un avión que repetía en todos sus detalles al Bleriot en que voló Jorge Chávez cuando traspasó, en rumor de héroe, las cimas de los Alpes, las alfombras

rojas, las enormes arañas en el techo, varios bustos egregios y faroles colgantes, confirmaban la singularidad del lugar. Sin embargo, no había transeúntes peleándose por ingresar, impacientes contra el hierro y poniendo en aprietos al vigilante; tampoco asomaban a su entrada los ambulantes, animosos por incomodar sus salones; puesto que las mañanas y las noches en su patio central o en sus corredores eran tranquilas, si es que no, desoladas. Quizá el anuncio de privilegio en letras de molde tras de la puerta poco tenía de advertencia a quienes afuera caminaban con desinterés, con cierta indiferencia, y, así, por el contrario, su humilde función era insinuar que, en el Cercado de Lima, todavía quedaban lugares que ansiaban la diferencia, la distinción entre tanta diversidad… Quedaban.

El Aero Club del Perú, como si fuera una fragancia pasada de moda, fue un dinosaurio que resistió poco tiempo más antes de ver extinguidas sus características: espantado por la escasa afluencia de parroquianos, y ejercitando una modalidad del comunitarismo comercial, optó por abrir sus puertas a los comensales que apetecieran un buen almuerzo con espectáculo de piano en vivo y pisco de bajo precio. El carné de asociado sencillamente caducó hace un quinquenio. "Pase usted, señor", decía la azafata desde las verjas limpias, nueve horas al día, con lluvia o niebla. Es decir, entre la garúa y sin el brillo del sol, porque Lima es así, niega cuando afirma y acepta cuando cancela: ese no se qué, que queda balbuciendo, diría el poeta.

Mientras escribo estas líneas del Aero Club del Perú queda cada vez menos, incluso en el plano arquitectónico: si pasó de ser un lugar exclusivo a restaurante alternativo;

ahora funciona, en el recinto, una tienda que oferta zapatos para damas y caballeros. Huele a plástico y demasiada gente transita descalza. De seguro cuando este libro esté impreso y ocupe su rectangular superficie en las librerías de Lima, Valencia y Munich (por darle tres nombres a la ilusión), en la casona se habrá instalado un complejo para el cambio de moneda extranjera, un remedo de casino o una dependencia del Estado. Y es que, muchas veces la realidad viaja delante de la letra impresa, como suelen tolerar su prestigio los diccionarios, tan tortugas frente al habla de la calle. La calle, que cambia y cambia más, otra vez.

La historia del Aero Club del Perú poco tiene de extraña o extravagante, ya que es el tipo de relato que suele experimentarse en las ciudades, e, incluso, las explica: las modificaciones suelen ser veloces e implacables; no obstante, algo tiene de trágico el hecho, como también tiene su tragedia el destino que le ha tocado sobrellevar en la última década al legendario Palais Concert de tertulia y café, ubicado en la esquina ("El Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, el Jirón de la Unión es el Palais Concert y el Palais Concert soy yo", sentenció el escritor hace casi un siglo). Unos años atrás el Palais Concert fue convertido en discoteca; después en un engendro cultural que hacía del sincretismo su escudo, y del mal gusto, su bandera. El estruendo de la música, como si fuera una bailódromo; los afanes de poetas bisoños en recitales de viernes y las efigies marmóreas que han mal sufrido el transcurrir de las décadas, conviven aún sin armonía, transpirando paciencia… Pronto será una tienda por departamentos. En media cuadra ambos locales son el aullido silente y avergonzado de un tiempo de esplendor fatuo que se ha ido al diablo.

Conmovedor y razonable es el destino que le tocó vivir al local de la Fuerza Aérea del Perú, instalado en el imperio de la pluralidad que persigue peregrinos y consumidores, que invita en gritos de pase usted, señorita; compre aquí, caballero; las máquinas aquí son rápidas, chocherita. Para quienes ejercitan la nostalgia por las opulentas reuniones y los bailes que se celebraban en este Club y en el Palais Concert, quedan todavía en pie las fachadas casi intactas; el resto es novedad contra el pasado, reorganización de la memoria: los ritmos tropicales y caribeños son los soberanos del presente.

Jirón De La Unión: Quinta cuadra de la excursión

El dólar ostenta el poder de su jerarquía, a pesar de una crisis que tiene tanto de profecía; el yen, la excentricidad de su progreso; el euro, la fortaleza que nace de la concordia entre dos países que se desangraron; el peso argentino, la sorpresa de encontrarse latinoamericano en su debacle. Pero cuando el nuevo sol peruano los observa, cautivo también en la mano del cambista uniformado, chaleco amarillo como la alegría, se siente abrumado, pequeñito en su condición de economía emergente. Porque siendo útil al ama de casa en el mercado o al niño para la compra de sus juguetes; el orondo billete verde es el que todavía se ocupa de las transacciones financieras, con la sobrecarga de su tambaleante estabilidad. Así, nuestra moneda, cotidiana como la sopa o el peloteo de calle, descree del esplendor de su crecimiento porcentual y revela su ruina de desempleo perpetuo.

De esta forma, competir con la vitrina multicolor de lo extranjero se torna difícil, ya que lo foráneo sabe sonar atractivo siempre, aunque pueda esconder la desdicha tras


Las modificaciones suelen ser veloces e implacables, algo tiene de trágico el destino que le ha tocado sobrellevar en la última década al legendario Palais Concert de tertulia y café.

la virtud. Sobran experiencias a favor y, por supuesto, en contra. Estudiantes, empresarios o desposeídos alcanzan en patrias ajenas la ventura del progreso, al mismo tiempo que sus paisanos de la esquina siguiente se hunden en una pena de bolsillos ociosos. Cada destino es trabajo y albur; pero la oferta, como toda propuesta comercial, deslumbra con primores, atrae con melodías, estimula el ensueño.

Quizás la distancia sea sinónimo de oportunidad; sin embargo, siempre es sinónimo de añoranza. Ahí radica su contrasentido, porque los migrantes del Ande y la montaña se arriesgaron a tomar esta Capital con la ilusión de la prosperidad a rastras, cuando ya los hijos de una generación hacen de Lima una plataforma para asediar la bonanza, ahora en países lejanos, instituyendo la indolencia del desarraigo.

Todos tenemos derecho a perseguir un futuro mejor; pero cada uno tiene el deber de recorrer un presente dichoso en lo íntimo y en lo público, donde el abrazo franco no sea una reminiscencia del pasado, ni la calidez de la frase una urgencia telefónica de minutos por monedas. Acaso el prestigio de tierras extrañas incube en su prosperidad prometida y, a veces, conseguida, la melancolía de tarde y lluvia que ningún metal acuñado puede resolver.

Plaza San Martín

Cuando el Perú se convirtió en República, luego de siglos de existencia virreinal, se enfrentó a una irrepetible oportunidad: la oportunidad de construir una nueva nación. Pero el poder fue apetito individual del caudillo, en vez de un

anhelo colectivo, que derribara exclusiones, intenso como el silencio. Así, cada año los tiranos depuestos engrosaban las filas de mesías que América le prestaba a la Europa de los destierros; con lo cual se despreció por décadas la ocasión de hacer del Perú un espacio para el sueño y no solamente un nombre con escarapela e himno de composición intangible. Ni siquiera una guerra larga y brutal contra el ejército chileno, resistida en la frontera dispersa y tolerada con espanto en las ciudades, sirvió para que el nombre patrio involucrara en anhelos a toda la población.

Los años pasaron como el salitre y los trenes. Los años llegaron como el teléfono, la magia de la radio y el reinado de la televisión. Sin embargo, la reluciente democracia, orgullosa de sus virtudes, siguió siendo excepción al militarismo cuando lo espiaba desde afuera y, lo que es peor, inoperancia cuando actuó desde adentro, generando tantos despotismos como miseria.

Los gobiernos no son el gran orgullo peruano, pero es preciso preguntarnos si nosotros, los habitantes que crecemos, trabajamos y morimos todos los días, estamos a la altura de nuestras propias expectativas; ya que al cabo de casi dos siglos de independencia, las ilusiones más íntimas y germinales: prosperidad, ventura, igualdad, continúan expresándose mejor como promesa que admitiéndose como logros sostenidos o victorias perdurables.

Parece una historia de descalabros y realidad dispareja el derrotero de la República peruana; pero con letanías de lamentaciones no se levanta una sociedad, sino cosiendo finalmente las venas abiertas y entregando el máximo

esfuerzo en las labores y encargos por venir. Porque si un paisaje peruano de calles y plazas; una excursión que nos revela el desorden, que denuncia las contradicciones y que expone la pujanza de los informales trabajadores, logra revelar desde una minúscula pero significativa porción del territorio a buena parte del país, quizá las soluciones son posibles y las respuestas, alcanzables; siempre y cuando la pregunta se formule con transparencia y humildad. ¿La pregunta? ¿Cuál?, interroga el pordiosero, el joven de los tatuajes, la chica de los bocadillos chinos, el señor de la filigrana, la anciana que canta por no llorar. ¿Cuál? Pues aquella que nos encuentre unidos...

¿Para quedarnos, hacia dónde deseamos partir?

ÍNDICE

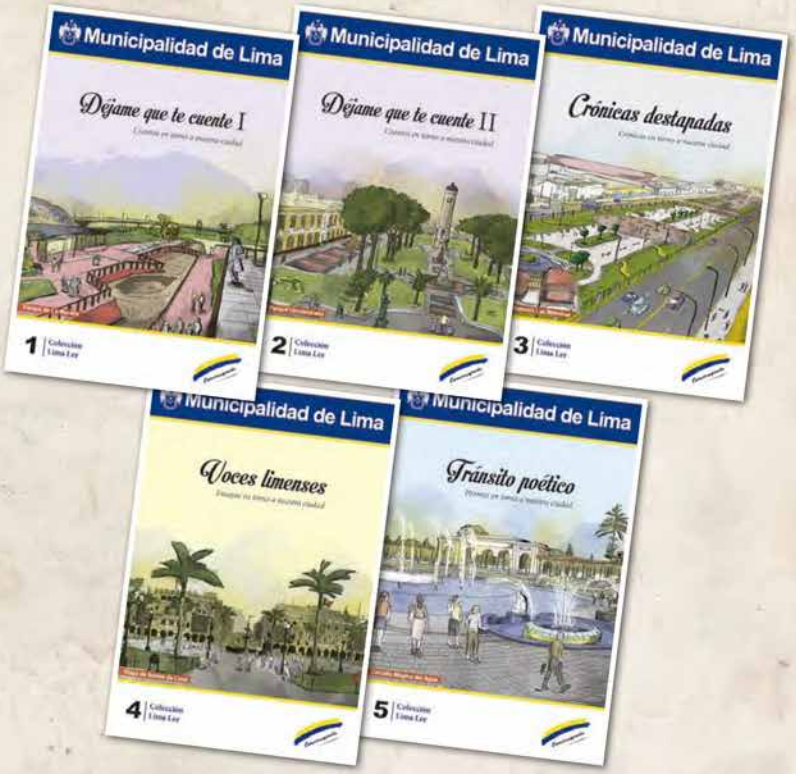
Eloy Jáuregui 5
El aserrín de la memoria 7

Jaime Bedoya 23
Noticia peruana típica 25

Gabriela Wiener 33
A dónde llevarte 35

Juan Manuel Chávez 43
Paisaje peruano 45
Plaza Mayor 47
Jirón De La Unión 49
- Primera cuadra de la excursión 49
- Segunda cuadra de la excursión 50
- Tercera cuadra de la excursión 53
Avenida Emancipación 54
- Cuarta cuadra de la excursión 55
- Quinta cuadra de la excursión 58
Plaza San Martín 60

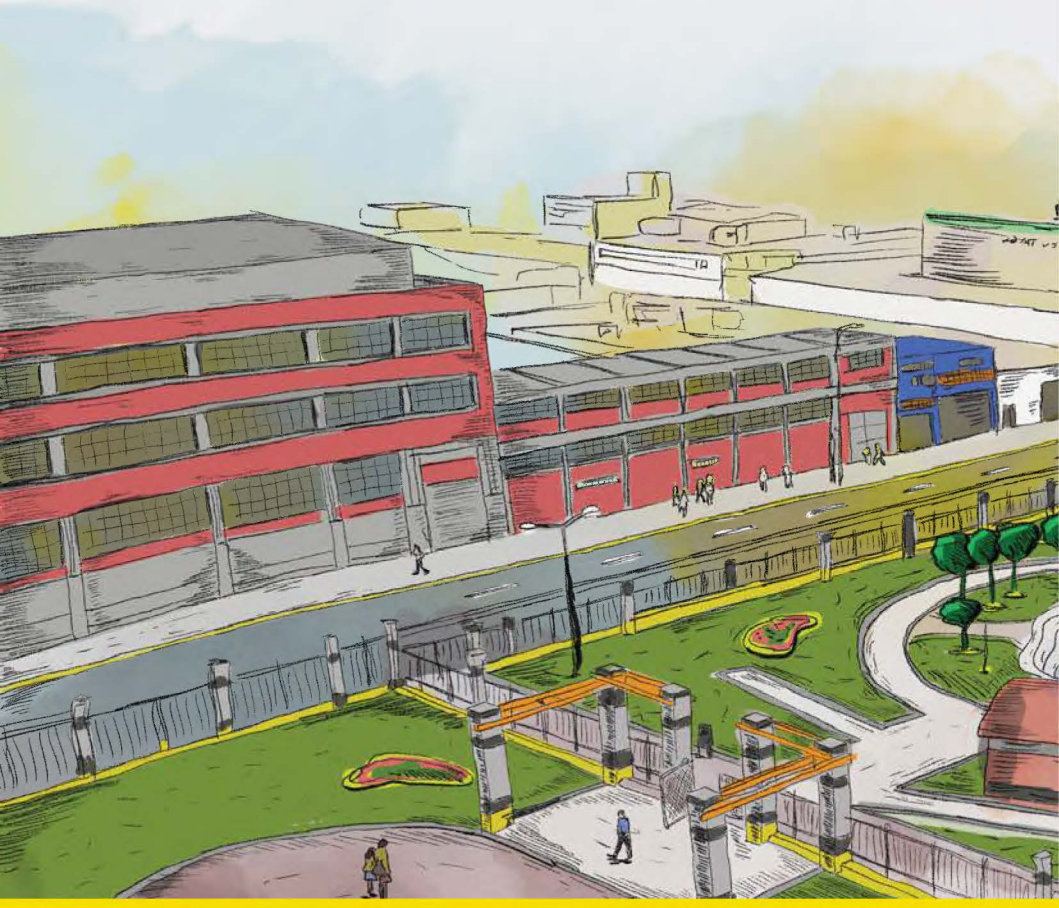
Colección Lima Lee





La literatura en Lima tiene geografía, un catastro de personajes y una cartografía de libros. Los limeños al contrario de los peruanos somos memoriosos. Por estas calles no solo discurren los recuerdos, sino que está vivo ese espíritu del capitalismo que habla y escribe, más que con la memoria, con las melancolías.

Eloy Jáuregui



UNESCO
Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Con el apoyo de la
Oficina de Lima
Representación en Perú

bnp biblioteca nacional del perú